

# El Correo Literario.

Periódico político, literario, industrial i de costumbres.

## ILUSTRADO.

Año I.—Núm. 5. Oficina central Pasaje Bulnes n.º 47.

Agosto 11.

### EL CORREO.

SANTIAGO, AGOSTO 14 DE 1858.

#### Contestacion de don B. Vicuña Mackenna.

Damos a continuacion la carta que don Benjamin Vicuña Mackenna envia a don Bartolomé Mitre, en contestacion a la que le dirijó este caballero i que publicamos en nuestro número anterior. La cuestion es ardua i delicada; se trata de un hombre célebre que está en presencia de la historia i que cuenta con muchos panejiristas i detractores. El autor del *Ostracismo de los Carreras* impugna con enerja el juicio amargo del publicista argentino. ¿Quien presentará mejores documentos?

SEÑOR DON BARTOLOMÉ MITRE.

Santiago, agosto 12 de 1858.

Distinguido amigo :

Al fin su interesante carta del 1.<sup>o</sup> de febrero ha visto la luz pública despues de una larga cuarentena. Era preciso que asi sucediera. Tan amargo, tan tremendo fallo como el que U. ha pronunciado sobre un chileno mil veces ilustre, debia quedar por algun tiempo en un silencioso acuerdo ántes de ser compajinado entre los documentos de la historia chilena.

Sin embargo, su juicio sobre el jeneral Carrera no me ha sorprendido en cuanto significa la opinion argentina sobre aquel chileno. Solo me ha parecido doloroso que U., ilustrado i justiciero, participe tan honda-mente de una opinion que en si misma es apasionada, injusta, i me atrevo a decirlo, en gran manera falsa delante de los hechos justificados.

I digo a U. que la opinion argentina sobre don José Miguel Carrera no me ha causado extrañeza, porque yo mismo ya la había compulsado en persona siguiendo el propio itinerario que él recorrió desde la plaza de la Victoria, en Buenos-Aires, donde un dia dictó la lei de la Republica trasandina, hasta la plaza de Mendoza sobre cuyo pavimen-to rodó mas tarde su cabeza. Yo sabia por

los écos de esa tradicion recojida de paso, que la reputacion del jeneral Carrera era puesta en la misma balanza en los fastos ar-jentinos con la del bandolero Pablo Pincheira, el invasor de la Provincia de Mendoza, como Carrera habia sido alternativamente el invasor de todas las provincias del Plata, i luego su dominador i su *tirano*, si U. quiere, pero con el título de victorias campales i de tratados supremos. Por esto, pesando en mi conciencia esa differencia de roles, escribí a U. en la carta, a que la suya de que me ocupo sirve de respuesta, que ese parangon era una atroz calumnia estampa-dada en la historia aun no comprobada de la Republica Arjentina; por esto pedí al noble ánimo de U. el rechazo de esa afrenta que mancha una gran memoria, i por esto la repudio yo ahora como indigna aun de servir de tema a una discussion seria.—Fran-camente, amigo mio, si el jeneral Carrera es comparado en el suelo arjentino con el bandido Pincheira, yo prefiero por mi parte compararlo en el suelo chileno al grani San-Martin.

Yo habia establecido ya este mismo con-traste en el *Ostracismo de los Carreras* i aun en la carta que escribi a U. a propósito de esta obra; i como en uno i otro caso habia previsto la cuestion que ahora ventilamos, podria decirle que mi contestacion a su carta estaba anticipada en aquellas páginas.—U. empero, que no habia visto éstas sino disper-sas e incompletas me anuncia que su juicio puede ser transitorio i acaso revocable. En consecuencia me apresuro a interponer ape-lacion en tiempo debido, ántes que su rápido análisis sea calificado como autoridad de cosa juzgada. El cuerpo de autos de mi de-fensa está en ese libro que sirve de punto de partida a la presente discussión i que ha sido ESCRITO TODO ENTERO (llamo vivamente la atencion de U. a este punto) SOBRE DOCUMENTOS ARJENTINOS.

Pero paso a contestar mas de cerca su notable carta, siguiendo su propio tenor.

Dos son los puntos capitales sobre que ese comunicacion se versa. En el primero niega U. el JENIO a don José Miguel Carrera. En el segundo lo acusa U. de hechos que in-

famán su memoria de hombre i cubren de horror su conducta de caudillo.

U. me permitirá que yo me presente por un instante a la defensa del reo que U. acusa, i me permitirá tambien que no invoque otro tribunal que nos dirima que la conciencia propia de U., por la que, U. lo sabe, mantengo un alto respeto.

Carrera no era hombre de jénio?—I la historia de su vida desde la cuna al patíbulo es el tejido asombroso de las peripécias del JÉNIO, ese vuelo fatídico del pensamiento i del alma que se place como las aves altaneras en mecer sus alas por entre cumbres i abismos! Un húsar imberbe que allá en los campamentos de la Península pasa los mares con su pensamiento i en su amor por la distante patria sueña arrancarla a su metrópolis a despecho de esos mismos ejércitos en que entonces militaba, no es un jénio? Ese mismo húsar, imberbe todavía, que cruza el oceano i realiza en un dia en el suelo de su patria su sueño lejano, no es un jénio? El Dictador de Chile a los 25 años de una vida prestijiosa que en la paz dota a su patria de su primera prensa i pone en la mano sublime de Camilo Henríquez la pluma que canta en himnos grandiosos la libertad i la patria, no es un jénio?—I ese Dictador que desgarra el pabellón de España, i levantando en su diestra el tricolor de la República, que flama por la primera vez en nuestro cielo, lleva en ardientes puñados a los reclutas de 1810 a los campos en que debían conquistar nuestra emancipación, iniciada por Carrera en Yerbas-Buenas i cellada en Maipo por San-Martin, no es tampoco un jénio?

U. lo ha dicho, sin embargo, amigo mío, i antes de juzgar la historia argentina sobre la que yo le pedia su tercero voto, ha juzgado U. la historia de nuestra patria i ha dado un fallo injusto i que no había sido exigido porque ya estaba pronunciado de otra suerte de este lado de los Andes. I cuando U. escribía que la independencia de Chile se había perdido por culpa de Carrera, los chilenos se ocupaban de erigir una estatua de eterno bronce i de eterna admiración a esa culpa de que la posteridad lo ha absuelto. . . .

Pero lo sigo a U. en su negativa sobre el terreno en que esta misma se pronuncia. La era argentina comienza para Carrera en 1816 con su expedición a la América del Norte. Yo lo he comparado en esa iniciativa de su gloria i terrible senda a San-Martin i a Bolívar los dos grandes JÉNIOS de la América, i delante de ellos he osado llamarlo un

JÉNIO tambien. I por qué?—Porque en 1816 los tres campeones se ocupaban de consumo en la misma obra de redención sud-americana desplegando cada uno los mas gigantescos esfuerzos de su carácter i de su espíritu, o lo que es lo mismo de su JÉNIO. Bolívar en la isla de Santa Margarita reclutando los dispersos de sus gloriosas derrotas para rescatar de nuevo el suelo de Colombia. San-Martin en Mendoza improvisando un ejército que sería el orgullo de la América, mientras que su raido uniforme se le caía en trozos del cuerpo infatigable, sin darse mas reposo que el insomnio de la noche en que su mente secundaba las grandes victorias que sus armas iban a dar a la mitad de un mundo: i Carrera por fin, en Washington i Nueva-York organizando una flota tan respectable cual no la había visto ninguna playa independiente de la América i haciendo servir para ello, mediante su incansable i fascinadora acción todos los ajentes que le eran indispensables, desde el Presidente de la Unión hasta los audaces aventureros de los puertos de mar.

Ahora, si en este cuadro de gigantes proyectan algunas sombras sobre la figura de Carrera no son ciertamente las del *hecho*, que acaso es el mas grande, sino las de las *consecuencias*, las del *éxito*, éxito que no depende del hombre, éxito que no es (como U. lo califica) el distintivo del jénio, i éxito que en el caso de Carrera le fué arrebatado de una manera tan aciaga i por manos tales que habría sido justicia de su parte, mi respetable amigo, mas que induljencia i cautela el haber guardado silencio, i menos tal vez haber levantádole por ello una acusación. Si Pueyrredon, en efecto, no hubiera arrebatado a Carrera su escuadrilla cuando fondeó en el Plata en febrero de 1817, no es verdad que apareciendo ésta en nuestras costas después de la jornada de Chacabuco habría podido concluir de un golpe la obra de nuestra independencia, arrebatando a los españoles su refugio de Talcahuano del que salieron luego las columnas que amenazaron a Santiago el 5 de abril? No es verdad también que la ocupación de Lima que demoró cuatro años i costó tan inmensos sacrificios de dinero i aun de amor propio para Chile se habría apresurado por mucho dando oportunamente aquella base respetable a nuestra marina?

Acusar a Carrera porque no sucedió todo esto es acusar al destino; negarle el jénio por ello es confundir este númer potente que arde en el pecho de los hombres i brilla sobre su frente en una harmonía interna i sublime con la ciega fatalidad que no tie-

ne ni albedrio, ni inspiracion, ni responsabilidad.

Decir por otra parte, que el jénio son los *hechos* es absolver a Robespierre i a Marat, porque del crimen de sus manos brotó la regeneración del siglo. Decir en otro sentido que el jénio, es un principio cualquiera, o simplemente un *principio moral* como U. lo llama es trastornar de un golpe toda la filosofía i todo el espíritu de la historia.—Napoleón ha sido el mas grande entre los jénios de todos los siglos, i legó a la Europa solo ruinas i un enjambre de tiranos hijos pigmieos de su gigantesco despotismo. Washington, sin embargo, que no tenía jénio, libertó un mundo i lo puso a la cabeza del universo como el Titan que debia cargar en sus espaldas los destinos de la humanidad.

El jénio, en mi concepto, no es pues ni un principio ni ménos le constituyen los hechos inertes i fatales de la tradicion humana. El jénio es una unipersonalidad indefida e indefinible, encerrada por un acaso divino en el individuo, es la armonia instantánea de su alma i del espíritu con la acción exterior que manifiesta aquellas dotes, i que es tanto mas deslumbradora i fecunda cuanto mas rápida es su concepción i mas inmediata la acción que la ejecuta. I esta especie de jénio lo tuvo Carrera en tanto grado que el solo forma el hilo de su tormentosa existencia, él es su agujón, su palanca, su arma de combate, su escudo de defensa, su ser en fin, en eterna lucha con el fatalismo material que pesaba sobre su espíritu, que le perseguía i lo acosaba, pero sin conseguir jamas el doblegarlo.

Quiero todavía personificar mas mi idea, o mi definición si U. quiere, para hacerla mas evidente.—Los argentinos indisputablemente atribuyen jénio al general Alvear el bisoño héroe de Montevideo en 1814 i el veterano glorioso de Ituzaingó en 1826. I bien! Alvear fué no solo el camarada de Carrera sino su subalterno i su secuaz durante la época en que ambos campean en la historia argentina. I cuarenta años mas tarde ese mismo Alvear, cuyas cenizas los pueblos del Plata hace poco transportaron con veneración desde las playas de un simulado destierro en la América del Norte, profesaba todavía un culto a la memoria de aquel jénio que él reconocía superior (1)

Pero Carrera tuvo también escondido en su pecho ese *principio superior*, esa *idea moral*, cuya ausencia U. nota para condenarlo al rol de un aventurero sin Dios i sin lei.

(1) Véase en el *Ostracismo de los Carreras* lo que decía el general Alvear sobre Carrera al secretario de la legación de Chile en Estados Unidos, don Francisco Solano Astaburuaga.

Esa idea, ese principio era el amor a la patria, santo talismán que deparó algún consuelo a aquel hombre tan atrozmente burlado por la suerte i le alentó en las catástrofes sin nombre que érale preciso soportar en su camino. I ese amor de Carrera no es un misterio que necesita luz, no es una duda que exija pruebas. Era chileno!—Había sido el jefe supremo de la joven República.—Había escuchado en el calor de los combates i en el estrépito del fuego aquel grito májico de *Viva la Patria!* que era como la palabra del hijo que saluda a la madre bienvenida que ántes no conociera; que era como la querella del amante a la beldad que le acaricia cuando aquel huía el ceño de la adusta madrastra. Por esto, por do quiera que el destino llevó el esquife de su procelosa existencia, Carrera se asió al rebelde timón i con desesperado esfuerzo enderezaba su curso a las playas de Chile. Por esto fué el último jinete que seguía a retaguardia el sendero de la proscripción en el desastroso paso de los Andes en 1814.—Por esto desde Mendoza quiso volver a invadir nuestros valles con las reliquias del ejército chileno. Por esto, alhagado en Buenos-Aires por una fascinadora esperanza, pedía un corto socorro para acercarse a nuestras fronteras por mar i por las cordilleras del norte. Por esto escribía desde Nueva-York a su hermano Luis, capaz de comprender su heroísmo, estas palabras de pura i santa abnegación.—“Si conoces que nues-,, tra ruina hará la felicidad del suelo en que,, nacimos i que hemos jurado libertar de la,, tiranía, vamos allá! nuestro honor i nues-,, tras intenciones lo exijen.” Por esto olvidando hasta la mas leve huella de un mezquino rencor dejaba escapar a su alma en el seno de esa misma intimidad este voto de magnánimo desinteres. “Ojalá esté en Chile el ejército bonaerense i sea mil veces victorioso!” i por esto en fin después de la prisión en que el vencedor de Chacabuco le había sumergido, él, todavía, aludiendo a esta victoria *había aplaudido* (usando de la expresión de uno de sus confidentes íntimos de aquella época, estampada en un documento autógrafo) de una manera magnífima a los que supieron vencer, i que sin embargo, añadiremos nosotros, eran los mismos que le cargaban de cadenas en esos mismos instantes!

No es este el lugar para repetir aquella melancólica i tremenda historia de la vida de Carrera en la República Argentina; de como vivía reducido a la mendicidad en Montevideo, de como se hizo ahí tipógrafo i escritor eminentemente, de como sedujo i se atrajo al ca-

dillo Ramírez que lo odiaba i a López que le temía, de como ganó batallas, se posesionó de Buenos-Aires i se hizo árbitro de su suerte, i de como por fin, perseguido en la fiera escapada de la jaula, recorrió toda la extensión de las Pampas, buscando siempre el rumbo de Chile que le cerraban lejones innumerables de enemigos que por do quiera le salían al paso i que sucesivamente iban desapareciendo bajo el sable de sus soldados hasta que en las puertas de su patria pagó con la vida la osadía de sus empresas.... Tal odisea, como Ud. la llama propiamente, ha necesitado un grueso volumen de 600 páginas para ser trazada en un rápido bosquejo, i ahí, en esos documentos arjentinos que sirven de base a la narración, está explicado que en toda esa epopeya de sangre había un móvil mas grande i mas bello que ese *egoísmo i esas pasiones feroces de ambición i venganza*, únicos atributos que U. reconoce a Carrera en su tránsito por los pueblos arjentinos. Al contrario, cuando U. haya leído todos los documentos publicados como justificativos en el *Ostracismo*, verá U. con evidencia que Carrera no tenía odiosidad ninguna personal, que no dió satisfacción alguna a su venganza de hombre, aun cuando lo pudo impunemente, i que todo su afán estaba cifrado en abrirse un camino para Chile donde tenía derechos propios, principios leítimos e ideas morales que ventilar.

I qué fué en efecto la revolución de 1823 que depuso al Director O'Higgins sino el desenlace definitivo de la cruzada de Carrera? Cuál era el fin que él se proponía en sus sangrientas campañas sino ese mismo desenlace?—O'Higgins, su rival lejítimo, histórico, rival de principios i sistema, no enviaba tropas, dinero, armas contra Carrera, tomando una parte activa en la contienda que de esta manera tenía el carácter de una guerra civil entre los chilenos?—No desterraba a los amigos de Carrera i hacia declarar la patria en peligro por el Senado Conservador, a consecuencia de los amagos del montonero de las Pampas?—Luego, si la revolución de 1823 fué aceptada i sancionada por los chilenos, como no cree U. justo que defendamos el principio moral de esa revolución de la que Carrera había sido sino un caudillo inmediato, el mas activo i constante instigador al ménos?

Pero, amigo mío, la fatalidad cuando es tan grande, tan incomensurable como fué la de Carrera todo parece esconderlo bajo los pliegues de su negra mortaja, i aquí mismo, en Chile, mientras se glorifica a los autores de aquel levantamiento popular, el pobre Carrera no es sino el siniestro guerrillero

del Desierto. Es verdad!—Hacia entonces mas de un año a que había sido fusilado! Es verdad también que si hubiera vivido esa breve era interpuesta entre el patíbulo i el sólio habría vuelto a ser el campeón de Chile i acaso el jefe de la República!

Me dirá U., sin embargo, que esa es la cuestión tomada bajo un punto de vista chileno, pero que cuál era el derecho con que Carrera invadía i desolaba el suelo arjentino? En hora buena! Yo he sido el primero en negarle ese derecho i de acusarlo de una usurpación internacional con severidad inexorable. Yo no disculpo a Carrera por sus hechos en cuanto estos afectan a la República vecina, i como U. podrá verlo, he sido un juez austero para con él, si bien haciendo justicia a sus intenciones íntimas i dando a esos acontecimientos la parte que toca a la fatalidad de su destino i al inmanejable impulso de los acontecimientos. Libres son empero todos los arjentinos de acusarlo en este sentido, i yo no lo defiendo porque lo he acusado también.—Todo lo que yo he hecho como escritor chileno es demostrar que había nascido en esa terrible era en que él figura como principal protagonista, i manifestar que tuvo un móvil moral i grande que le impulsaba entonces, ademas del agujón de sus pasiones de hombre, cual era el amor a la patria, la convicción de una idea, la predilección de un sistema.

Cábeme ahora decir a U. una palabra sobre los cargos de "cruel" i "sanguinario" que aparecen de su carta contra Carrera. Uno i otro, aunque verídicos en la forma, son injustos en el hecho. Los Carreras han dejado en Chile la reputación de burlones i atolondrados, pero nunca han sido acusados de sanguinarios. Exceptuando la ejecución de Tirapegui i sus cómplices en Concepción, no se tiene noticia de otro suplicio que decretara el gobierno de Carrera en aquella época turbulenta, en que el caudaloso parecía estar perpetuamente alzado en las capitales de Sud-América. Por el temple de su carácter i sus hábitos mas predilectos, aquellos caudillos preferían, al contrario, al derramamiento de sangre, cualquier farsa picante, como colgar de la horca el retrato de Fernando VII o fusilar con pólvora a sus enemigos políticos....

Ahora, en cuanto a la imputación mas directa que U. hace a don José Miguel, no negaré yo que sus cruzadas por las Pampas fué terrible i siniestra, i lo negaré tanto ménos cuanto creo haber sido yo quien la ha pintado con estos lúgubres colores en las páginas del *Ostracismo*. Pero U. leerá ahí que casi siempre a la acusación inexorable

al caudillo sigue la disculpa íntima del hombre. En el mas grave de sus atentados, (el saqueo e incendio del fuerte del Salto), ¿cuales eran en verdad los sentimientos íntimos de Carrera? Eran las emociones de una humanidad delicada que la mano de hierro de un ciego destino sofocaba en su pecho. — "Doloroso paso! escribia a su mujer la vispera de aquel ataque. Pero en mi situacion no puedo prescindir de acompañar a los indios al Salto que será atacado mañana. Este paso me consterna, i mas que todo, que se sepa que yo voi, pero atribuyase a la cruel persecucion del infernal complot." I lea U. en seguida en la páj. 338 del *Ostracismo* los esfuerzos de commiseracion i ame de ternura con que Carrera procuró suavizar la situacion de las victimas de aquel desastre.

Por todas partes le encontraremos desempeñando en lo que permitia su horrenda i forzada situacion, este rol de pacificador i de benévolio intermediario. Durante su primera ocupacion de Buenos-Aires, vemos que sus amigos le felicitan por su moderacion. "En todo lo que se ha hecho, le escribia el jeneral Brayer desde Montevideo, reconozco que el reposo, la felicidad i el bien estar del pueblo han sido mas atendidos que el placer de la venganza. Mui bien jeneral! Creed que hai una gran dignidad en el olvido." — Vemos despues que en el ardor del combate de las Pulgas, en que fué sacrificada a despecho de Carrera toda la heroica infanteria de San Luis, se opuso sin embargo a que sus oficiales hicieran pasar por las armas a un parlamentario enemigo, a quien acusaban con sobrada razon de espía infranganti, i lo hizo escaparse acompanandolo su propio ayudante. En otro sentido pedia que se regularizara la guerra, i reclamaba con enerjia contra la conducta de un caudillo arjentino que habia hecho dar 200 azotes a un soldado prisionero de su division. Pero sobre este tema ¿acaso no ha leido U. la magnifica comunicacion que Carrera dirijio desde San Luis a las autoridades de Cuyo, antes de su ultima invasion de esta provincia, pidiendo el libre tránsito hacia Chile como beligerante neutral, i protestando con la mas ardiente eloquencia contra la obstinacion de aquellos pueblos que hacian inevitable los desastres de una sangrienta campana? ¿No ha leido U. tampoco lo que el clérigo mendocino Giraldes escribe sobre el modo como Carrera satisfizo al gobierno de Mendoza en la conferencia pública que se le permitió despues de haber sido hecho prisionero? Si le consta a U. de la misma manera que la severidad de Carrera con algunos de sus oficiales por sus desórdenes i es-

cándalos, fué lo que dió lugar a la sublevacion de éstos, a su prision i a su subsiguiente muerte? — El mismo libro que U. me dice vió el Dr. Derqui en la secretaria de gobierno de Córdoba, no es en sí mismo un indicio al menos, sino un hecho, que habla en favor de Carrera, por cuanto éste se esforzaba en regularizar el crimen mismo siendo impotente para combatirlo i contenerlo? Un jefe de bandoleros no lleva un rol de prisioneros ni de la distribucion de sus cautivas entre sus secuaces; pero Carrera para disminuir en parte la atrocidad de estos hechos, los metodizaba cuanto le era dable, i a este fin sin duda eran dirigidos aquellos apuntes de los que yo tenia ya noticia, pues algunas personas de Mendoza los vieron en la cartera de bolsillo de Carrera, o acaso en su diario de campaña, que es el mismo probablemente a que U. se refiere.

Estas leves indicaciones bastarán sin duda, mi noble amigo, para que en su alma templada por el sentimiento de lo bello i de lo grande i en su elevada conciencia, se opere una reaccion en favor de la justicia que reclama la historia para nuestro infortunado caudillo. Yo lo espero asi, i lo espero no solo de U. propio, sino de la jenerosa e ilustrada opinion arjentina, a cuya cabeza marchan escritores tan eminentes como mis honorables colegas, los miembros del *Instituto Histórico* de que U. es digno presidente i a cuyo benévolio i desapasionado criterio entregué mi obra del *Ostracismo*, que no es sino un gran fragmento de la historia arjentina. Yo acepto de ante mano su voto de justicia i de reparacion, mi querido amigo, si ese voto tiene la sancion de aquel cuadro, al que espero someta U. su propio fallo, en su calidad de presidente i de escritor histórico. Pobre Carrera! U. me dice que yo debia haberlo presentado desnudo, flajelado de ignominia, delante de la posteridad i haber exclamado al sentenciarlo *Homo sum!* I yo ami vez, amigo mio, revirtiendo la frase i llegando por el reguero de lágrimas i sangre que aquella victima ilustre dejó en su tránsito hasta el pórtico de la cárcel de Mendoza en que su cabeza estuvo enclavada al escarnio público, yo diré, acaso con mas filosofia i con mas justicia, al concluir esta respuesta, aquella frase que se aplicó por un juez antiguo al mas augusto de los mártires.

*Exce homē!*

En cuanto a su juicio critico sobre el mérito literario de mi obra, no tengo sino agradecimientos que rendir a U., aunque en la impresion apresurada que se hizo de su carta en el número anterior del *Correo Literario* aparezca que sus mas benévolos cumplimientos

estan trocados en censuras. Pero estos yerros de imprenta que solo a mi perjudican no sé reclamarlos con tan obstinada insistencia como la que U. juzgará he desplegado en defensa del tema de mi pobre libro. Aunque su crítica literaria sea todavía incompleta, como U. me anuncia, yo la acepto con tanta mas satisfaccion cuanto que es la única que de aquellas páginas ha ya consignado nuestra prensa, si he de exceptuar un artículo editorial del *Ferrocarril* en cuya imprenta se publicó el *Ostracismo*.

Sin atribuir ningun mérito a este trabajo histórico, podríamos convenir sin embargo en que todo es nuevo en él, todo documentando, todo desconocido, i que el mismo presentimiento que hacia aguardar aquellas revelaciones debia despertar mas intensamente la curiosidad. I sabe U. cual ha sido el fruto de mis fatigas i sacrificios para acopiar documentos, i el de un invierno entero de vijilias i labor? Le diré a U. mas ántes de despejar este triste problema. Mi jeneroso editor, el empresario del *Ferrocarril*, se esmeró en hacer una edición cuidada de la obra que se tiró a 2,000 ejemplares, gastó cerca de 1.000 ps. en hacerla ilustrar medianamente i la puso a venta al módico precio de 3 ps., que era casi el mismo del costo de imprenta.

—Calcule U. ahora el número de ejemplares que se ha vendido en nuestra capital? Pues amigo, no ha alcanzado a 30, de modo que el balanze del editores de 90 ps. de venta para cerca de 3,000 ps. de gastos! Pero debo advertir a U. que cuantas remesas se han hecho a nuestras provincias i al Perú se han agotado al instante, i añadiendo algo ademas en obsequio de la verdad i de la protección que nuestra culta capital presta a las letras, aunque sea este un secreto de escritor, quiero pasar por indiscreto para hacer justicia como la que se me ha hecho a mí. Iba pues a decirle que, aunque no se han vendido sino 30 ejemplares del *Ostracismo* en la capital hai en circulacion mas de 300, porque habré recibido otras tantas esquelas i recados en que se me hacia el honor de pedirme *regalada* esta obra *tan interesante*; i yo añadía al entregar cada volumen «con láminas i de valde» como no ha de ser *interesante!*»

Así es, amigo mio, puesto que estamos en el terreno de las confidencias, que hace ya seis meses a que no escribo, sino sobre papel sellado. I que quiere U.! A esta clase de escritos, aunque los empape uno de cuanta necesidad i de cuanta pedantería hai en los ranciaos autores, les pone un juez al pie, como se pide i ahí tiene U. que lo llaman a uno un sabio, un hombre de provecho, un futuro ministro, que sé yo! Pe-

ro desvélese U. para comprobar la historia; redacte un fatigoso itinerario de largos años para contar lo que ha visto en otros hemisferios; esfuérzese por introducir reformas de las rutinas coloniales en cualquier ramo, aunque sea la agricultura, i ahí lo tiene U. calificado de ocioso, de hombre que pierde su tiempo, de necio, en fin, i si lo llaman a uno *ave a fé* que no será de esas que remontan al cielo su atrevido vuelo, como U. dice con fina galantería al principio de su carta, sino (cuando mas) digno de un pobre gallinero... Tristes verdades! Hai países en que no se llama *trabajo* sino el tostarse al sol sembrando papas, i donde no hai mas grandes hombres que los que tienen potreros de engorda i barras de mina en beneficio! Ya ve U. amigo que no soy tan exclusivista sobre Chile, o al menos que me gusta más el Chile antiguo, cuando un pobre fraile de la Buena muerte era el venerando apostol de nuestras libertades, a las que su pluma servía de ejide. Pero olvidaba que vivimos ahora en una edad *progresista* en que el alma es basura; i el oro, las pansas de grasa, la basura, son el alma, la inteligencia, el JENIO!...

Pero la digresión alarga ya demasiado esta carta. Concluiré únicamente con disculpar mi demora en contestar la suya. Aunque siempre atribui a ésta un carácter público por ser contestación a otra mia que U. leyó impresa, la había guardado hasta hoy esperando algún dictámen mas completo de U., como el que parecía anunciarne, i tambien porque sabiendo que U. estaba en campaña habría sido poca galantería el pedir a U. que se descubriera la espada en los confines del desierto para ocuparse de una discusion literaria. Solo cuando supe que U. había vuelto al ministerio, e iba a residir en Buenos Aires me resolví a publicarla, aprovechando la aparición de un periódico literario en nuestra capital.

Si el presente número del *Correo Literario* ha de merecer de U. alguna respuesta, estoy seguro que cualquiera que sea su tenor será inspirada por una noble i sincera convicción. No califico de otra manera la mia, i bajo este principio, si llego a tener la honra de una discusion pública con U., esperemos ambos que pueda contribuir por su moderación i su hidalguía, a hacer olvidar cuanto ántes la penosa impresión que acaba de producir en nuestras dos capitales una polémica reciente de dos de nuestros mas notables escritores.

Con los sentimientos de mi decidida amistad i respetuosa consideración me suscribo de U. su decidido servidor i colega.

B. VICUÑA MACKENNA.

## CONFIDENCIAS DE MILLE. MARS

COLECTADAS POR

**Mme. Roger de Beauvoir**

I traducidas para el CORREO LITERARIO.

## CAPITULO I.—LA SORTIJA.

## I.

(Continuacion.)

—Yo la miré con severidad.

—Esperad señora, escuchad; no he podido contenerme. Miéntras conversabais en vuestro cuarto, he ido a mostrarselo a H... el famoso lapidario del Palais-Royal. Oh! señora ¡hermoso brillante! Mr. H.... lo avalúo en treinta mil francos. Es de la agua mas bella que ha visto en su vida, me ha dicho él, i esto lo conoce mui bien esa jente.

Hice un movimisito de sorpresa, i la reconvine por el paso que había dado sin mi voluntad.

—Diantre! replicó ella, con una seriedad cómica, i si mañana presentaran a la señorita la factura de esa sortija, en este caso, será indispensable conocer su valor. Si no se está prevenido de lo que se debe, nunca estaremos en disposicion de pagar nuestras deudas.

Yo sonrei de su salida; ella se apercibió de esto, i creyéndome desarmada, guardó silencio.

## II.

Los dias, los meses, los años se pasaron sin oír hablar de mi desconocido, era como yo lo nombraba. Su diauante permaneció encerrado en mi cofre de alhajas. No me atrevia a adornarme con él, me parecia que era un depósito que se me había confiado i que tarde o temprano vendrian a reclamarlo. Sin embargo, nunca veía este diamante sin sentir una viva emocion. Era para mí como un recuerdo a la vez dulce e irritante. Un dia, comia en casa de uno de los artistas de la Comedia Francesa, cuando un antiguo amigo de mi madre vino a anunciarle que todos mis diamantes habian sido robados. Corri a mi casa.

Encontré a todos consternados i el desorden en todas partes. La noticia era mui verdadera. Todo mi rico tesoro corría los grandes caminos en poder de un escuadrón de *cortadores de bolsillos*. Era para mí una pérdida considerable; esa honrada jente había hecho mui bien su oficio, me hallaba completamente despajada. Gracias a la actividad de la policia i a fuerza de plata, descubrí al autor del robo; fué detenido, juzgado i condenado a galeras, como lo sabeis.

En este momento mi hábil bribon se cree un personaje célebre. Lo envanece su *posicion social*. Los curiosos que visitan el presidio le honran, es verdad, con atenciones mui particulares. El pícaro lo conoce bien, i deteniéndole con aire soberbio, les dice:

«Acá señores, por acá, no corrais tan ligero i miradme un poco... valgo bien la pena... Soi mui conocido, mui célebre... He ocupado a todo Paris. Y soi quien ha robado los diamantes de la señorita Mars. Ya sabeis esos magnificos diamantes que tanto habeis admirado.

—A dónde va a ostentarse la vanidad? ¡Mi la-dron se cree un héroe!

Volvianos a mis diamantes. La justicia me los restituyó, casi todos desmontados i en pésimo estado; pero jai! con gran pesar mío, la sortija misteriosa se encontró en el numero de las piedras que me fué imposible recuperar, i la singularidad de la aventura hacia para mi de ella una verdadera *piedra preciosa*; ella fué tambien la mas

sentida. Bien pronto el tiempo que calma las mayores heridas del alma, pasó su ala sobre esta impresión i la borró. No se habló mas de ella.

Algunos años despues trajo la baronesa de B\*\*\* me invitó a un gran baile de fantasía. Todo lo que Paris encerraba en esta época de distinguido, de espiritual i de célebre debia encontrarse allí reunido. Los preparativos de esta fiesta habian hecho gran ruido i exitaban los deseos de las mujeres bonitas i de los elegantes bailadores. El barrio de S. Germain entraba en liza con la Chaussé d'Antin i se disputaban las cartas de invitacion. El espíritu, la nobleza, el talento, la gloria, la ciencia, la belleza, la juventud i el Instituto que conjunto! direis—jali cada uno queria bailar con su máscara!

¿Cómo trazaros aquí el cuadro de esa fiesta? Fué una noche de encantos! Mosaico vivo de todos los trajes, de todos los países, de todas las épocas, de todas las clases de la sociedad! Pueblo de máscaras que no obedecen a otro amo que el baile; no reconocen otro rei que el placer.

Daban las tres de la mañana cuando pensei retirarme. En el momento de franquear la puerta de un pequeño salon que la señal del baile habia dejado desierto, una mano se colocó sobre mi brazo. Yo temblé i miré con cierto espanto al atrevido fantasma que se detuvo delante de mi, i me dijo:

—Reponeos, mi querida fúna, i no habrais esos grandes i curiosos ojos.

Ciertamente no habia porque estremecerse, por que el atrevido fantasma, no era otro que un elegante caballero. La máscara me ocultaba su fisonomia, pero, a pesar del cuidado que tomaba para ocultarse, yo vi inmediatamente—(Las mujeres tienen el golpe de vista rápido i certero)—que tenía que haberlas con una talla esvelta con una mano fina i blanca que denunciaban a un noble. Este llevaba el traje de los grandes señores de la Corte de Carlos VII: una pequeña gorra de terciopelo azul adornada de un broche de brillantes i soberbiamente colocada sobre su cabeza, dejaba pasar los bucles sedosos de cabellos negros i abundantes. En sus movimientos llenos de nobleza i vivacidad adviné, que este hombre debia ser joven todavía. El i yo guardamos algunos instantes de silencio. Yo esperé que hablase.

—¿Habeis olvidado la representacion de *Brueüs i Palaprat*? me preguntó en fin con voz profunda-mente conmovida.

—No, le respondí turbada, ¿como hubiera podido olvidarlo?

—Gracias, gracias mil veces, replicó apretando la mano con trasporte. Este es el recuerdo del corazon, el otro, no tenia derecho de exijirlo; oh! este es el mejor! no se borra jamas! . . . el otro ha desaparecido. ¿Lo habeis sentido?

Al pronunciar esta frase, asentó la palabra otra de tal manera, que penetró hasta el fondo de mi alma. Era imposible no comprenderle.

—Si, esclamé arrastrada a pesar mio: si, lo he sentido, no a causa de su valor, sino porque había en él un misterio propio para ocupar i turbar una imaginacion de mujer i de artista.

—¿I si la volvieseis a encontrar, experimentariás algún goce?

—Mui grande, os lo juro.

—Sobre todo, prosiguió con tristeza ¿si os fuese devuelta con su aureola romanesca?

—Decis verdad, le respondí, dominada por una emocion que no podia ocultar.

Mi corazon latía con violencia, olvidé el lugar donde pasaba esta escena, las luces, el ruido, la fiesta espléndida. . . . Todo mi ser pertenecía

al pasado, al recuerdo, i a aquel que la casu-  
alidad, despues de tantos años corridos, habia acer-  
cado a mí. Mi mano se encontraba entre la suya;  
él la apretaba con una ternura estrema, sus labios  
se posaron en ella. . . Renuncio a analizar lo que  
experimenté entonces. . . Conocía que tenía mil  
preguntas que dirigirle. . . i ellas se detenían  
helándose en mis labios. . . Habría querido to-  
marme de su brazo; no me atreví. . . Me miró  
todavía algunos segundos, como presa de un  
combate interior, i sin que yo tuviese valor para  
interrogarle i retenerle. En seguida salió brusca-  
mente lanzándome estas palabras, que no olvidaré  
jamas.

—Un hombre de honor debe immolar los deseos  
mas imperiosos de su corazon al cumplimiento de  
su palabra. Os lo he prometido, señora, i por mu-  
cho que me cueste, permaneceré toda mi vida el  
mas *desconocido de vuestros admiradores*. Adios  
. . . adios para siempre.

Quedé anonadada i involuntariamente llevé mi  
mano a mis labios i lancé un grito: tenia en mi de-  
do la sortija de *Brueis i Palaprat*. Era la misma.  
En defecto de mis ojos, mi corazon me hacia recono-  
cerla. Recorri los salones de la baronesa de B\*\*\*  
sin volver a encontrar ese hombre singular; se ha-  
bia retirado del baile.

La señora de B\*\*\* pasó cerca de mí. La expresión  
turbada de mi semblante pareció sorprenderla:  
ella no inquirió la causa de esa turbación i yo no  
me atreví a dirijírle una sola pregunta, ni pude habla-  
rle del encuentro que había tenido. ¿Que luces  
habría podido darme? Esa noche había mil dos-  
cientas personas en su casa. ¿Era posible que ella  
adivinase el nombre que buscaba después de tanto  
tiempo, i que estaba escrito *allá arriba*, como dice  
Jaime el Fatalista, que yo no lo sabría jamas?

—Como! la dije despues de un momento de  
silencio, nunca volvisteis a ver a vuestro *descono-  
cido*?

—Jamas, me replicó con tristeza.  
—Que sensible es que las sortijas no hablen.  
—Que loca sois! ¿Habéis pensado lo que decís?  
pero que sería de nosotras! ¡Dios mio! si nuestras  
alhajas fueseen indiscretas!

### Las mujeres.

Los siguientes versos fueron escritos por  
una monja mejicana en defensa de las mu-  
jeres.

Hombres necios que acusais  
A la mujer sin razon,  
Sin ver que sois la ocasion  
De lo mismo que culpais.

Si con ansia sin igual  
Solicitais su desden,  
¿Porqué quereis que obren bien  
Si las incitais al mal?

Combatis sin resistencia,  
I luego con gravedad,  
Decis que fué lidiabilidad  
Lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo  
De vuestro parecer loco,  
Al niño que pone el coco  
I luego le tiene miedo.

Quereis con presuncion necia  
Hallar a la que buscas,  
Para pretendida, Tais,  
I en la posesion, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser mas raro  
Que el que falto de consejo,  
El mismo empaña el espejo  
I siente que no esté claro?

Con el favor i el desden  
Teneis condicion igual;  
Quejándoos si os tratan mal,  
Burlándoos si os quieren bien.

Opinion, ninguna gano;  
Pues la que mas se recata,  
Si no os admite es ingrata,  
I si os admite es liviana.

Siempre tan necios andáis  
Que con desigual nivel,  
A una culpais por cruel,  
A otra por fácil culpais.

—Pues cómo ha de estar templada  
La que vuestro amor pretende,  
Si la que es ingrata osende  
I la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado i pena  
Que vuestro gusto refiere,  
Bien haya la que no os quiere  
I quejaos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas  
A sus libertades alas,  
I despues de hacerlas malas  
Las quereis hallar mui buenas.

—Cual mayor culpa ha tenido  
En una pasion errada,  
La que cae de rogada  
O el que ruega de caido?

Pues, ¿para qué os espantais  
De la culpa que teneis?  
Queredlas cual las haceis,  
O hacedlas cual las buscas.

Dejad de solicitar,  
I despues con mas razon  
Acusareis la aficion  
De la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo  
Que lida vuestra arrogancia,  
Pues en promesas e instancia,  
Juntais diablo, carne i mundo.

Un poeta, bastante conocedor de la espe-  
cie, contestó a la monja en las siguientes dé-  
cimas.

Si es cierto que motejaros  
Con tal frecuencia sabemos,  
De las culpas que tenemos

Teneis razon en quejaros.  
Mas yo no puedo acordaros  
La razon de esas fatigas,  
Que es lo que decís, amigas,  
Aquel falso testimonio,  
De «a ti te lo digo, Antonio,  
Porque a mí no me lo digas».

Yo no sabré la razon  
Ded vuestra acerba dolencia,  
Si está en nuestra diligencia,  
O está en vuestra tentacion.  
Mas si en cualquiera ocasion  
Perseguimos vuestro encanto,  
No os debe causar espanto;  
Pues achacarlo debéis  
A la virtud que teneis. . . .  
Para hacer pecar a un santo.

En verdad yo no creía,  
Como inocente rapaz,  
Al bello sexo capaz  
De tanta sabiduría:  
Pero al ver la letanía  
Con que una monja hace el trato  
De volver por su recato,  
Diré, aunque sea lisonja,  
Que bien sabe la tal monja  
Donde le aprieta el zapato.

Vive Dios, que mucho siento.  
Las veces que descarado,  
A la mujer he negado  
La facultad del talento.  
De lo dicho me arrepiento  
Al probar la erudición  
De la monja, i es razon  
Que os diga prudente i grave:  
Si tanto una monja sabe,  
¿Que harán las que no lo son?

Risa mas bien que dolor  
Me causan vuestras querellas  
Cuando mostrais de doncellas  
Al hombre tanto temor.  
Alas pedís i valor. . . . .  
Pero luego arrepentidas  
Solo sabéis, fermentidas,  
Cuando los hombres avancen  
Correr para que os alcancen;  
Luchar para ser vencidas.

Sin duda, anjélicos seres,  
Venís a ser en el suelo,  
Arcángeles de este cielo  
Que alimentan de placeres.  
Todas, todas las mujeres  
Dignas son de altos renombrés,  
I, lector, aunque te asombres,  
Te diré que las que he visto,  
Suelen parecerse a Cristo. . . . .  
En morirse por los hombres.

No es por jugar el vocablo  
Si os califica mi ciencia  
De bñejos en la apariencia  
I en la tentación al diablo.  
I ya que formal os hablo  
Para unir los pareceres,  
Debo decir que los seres  
Mas malos, son i han sido áñes,  
Los lobos, los estudiantines,  
Los hombres i las mujeres.

### SONETO.

Eternidad! idea misteriosa!  
¿Existe acaso para el alma humana  
O es tan solo una sombra, ilusión vana  
Que en su sed de vivir al hombre acosa?

¡Es acaso la tumba silenciosa  
Crepúsculo que anuncia otra mañana,  
O la noche sin fin que al hombre hermana  
Con el inerte polvo en que reposa?

La Eternidad! ¿es aereo monumento  
Que en su ambición el hombre se ha forjado  
Para consuelo de su triste suerte?

¡Será tambien un vano pensamiento  
Cuanto grande la mente allí ha encerrado,  
I solo eterno i real será la muerte?

MARTÍN JOSÉ LIRA.

### El Tiempo

A MI AMIGO FIDÉLIS P. DEL SOLAR.

Nace la flor i a su primera aurora,  
Exhalando el aroma hacia los cielos,  
Muellemente despues se inclina i dobla  
Sobre su tallo que la daba vida,  
Inundadas de lágrimas sus hojas.

El árbol que en los cielos se mecia  
Desafiando a los vientos su corona,  
De verde pompa i majestad vestida,  
A un paso que dé el tiempo jima, llora,  
Vacila por el aire estremecido,  
I sobre el seco tronco se desploma.

El hombre que en el alba de la vida  
Niño i alegre un himno libre entona  
I al espacio celeste se abalanza,  
Suspensa en esos campos su alma toda;  
A una vuelta del mundo en que se apaga  
El sol, i tras el sol vienen las sombras,  
Ya cansado encorbándose a la tierra,  
Lentamente camina hacia su fosa.

I en ese inmenso reloj  
De los tiempos, a compas  
El péndulo: cumpla, cumpla,  
Su destino cada cual,  
Parece decir al mundo  
Oscilando sin cesar,  
I cuya pausada voz

Sin lengua a la inmensidad  
 Parece que va diciendo  
 Por las horas: van! . . . van! . . . van!  
 Sordas! . . . monótonas! . . . lentas!. . .  
 Para no volver jamás!

P. MUÑIZAGA.

**La separacion.**

POESIA DE LA CANCION COMPUSTA POR LA STA.  
 ANNA SMITH.

¡Te acuerdas, amor mio,  
 De aquella noche triste,  
 Cuando tu adios me diste  
 Llorando de afliccion?  
 De tus hermosos ojos  
 Dos lágrimas rodaron,  
 ¡Ai! cuantas anegaron  
 Mi triste corazon!

Despues, la nave rauda,  
 Cortando el mar bravio,  
 De tu nativo rio  
 Veloz me separó.  
 Talvez cuando a sus ondas  
 Contabas tus pesares,  
 En medio de los mares  
 En ti pensaba yo.

Léjos del caro suelo  
 Do vi la luz primera  
 Envio a esa ribera  
 La voz de mi sufrir.  
 Acuédate, alma mia,  
 Del pobre peregrino  
 Que sigue su destino  
 Sin luz ni porvenir.

GUILLERMO BLEST GANA.

**Historia de la Semana.**

De buena gana prescindíramos de la política, ahorrándonos así la odiosa tarea de pasar revista a las mas tristes de nuestras miserias; por que es una verdad que donde quiera que vuelve uno los ojos en busca de principios, de grandes pensamientos, de proyectos basados en los intereses de la comunidad i que tiendan a consolarnos de la situación presente, encuentra pequeñeces que no merecen la pena de fijarse en ellas; torpezas que irritan; basura que no es posible bajar a recoger.

Parece que ha habido un sistema calculado para reducir nuestra política a la mas baja lei, a la mas infima expresion.

Pero como tambien nuestro objeto es presentar a nuestros lectores un cuadro de todas las ocurrencias de la semana, i habiendo escenas políticas mui a propósito para reirlas i comentarlas, dominamos nuestro mal humor i nos engolfamos en ese mar revuelto donde al fin de sus afanes nadie sabe lo que pesca.

La cámara de diputados nos viene dando por semana una sesión *divertida*. En la pasada fué la de las interacciones, es decir, la de las preguntas i respuestas, donde no se preguntó lo que se debía preguntar, i donde se respondió que no se podía responder.—Preguntad, decía el ministerio, estamos prontos a satisfacer todas vuestras dudas, a daros todas las cuentas que nos pidais.—Pues

bien, cómo se ha procedido en tal negocio?—De la manera que nos ha parecido mas conveniente—Pero, cuál es esa manera?—No la sabemos, porque todavía no nos hemos enterado del modo como procedimos: pero no os arredreis; seguid preguntando, que estamos resueltos a satisfacerlos completamente.—Pues bien, ¿por qué no se ha hablado sobre tal acontecimiento?—Por que se ha guardado silencio —¿por qué se ha guardado silencio?—Por que no siempre es bueno decir todas las cosas.—Eso no puede satisfacer a nadie; es preciso que os espíquies.—Sí, nosotros no tenemos miedo de esplicarnos; seguid preguntándonos que aquí estamos para satisfacerlos: podemos alzar la frente i la cara i todo el cuerpo para responder, sin que nadie nos tenga que decir una palabra: continuad.—Pues bien, ¿qué hai sobre tal cosa?—Eso no se puede decir.—Qué hai sobre tal otra?—Ese es un secreto.—Cómo se ha procedido en tal asunto?—No lo sabemos.—Entonces ¿quién puede satisfacerlos?—Nosotros, que tenemos orgullo en dar todas las explicaciones que se nos pidan: seguid preguntando; ya lo veis, no tenemos ningún embarazo en contestaros.—¿Cuáles fueron las promesas del ministerio al tomar posesión de los destinos del país?—Se nos han olvidado.—¿Cuál fué su programa?—No nos acordamos,—¿I qué consecuencia sacaremos entonces?—Cada uno saca las consecuencias que quiere: a todos se les deja i se les ha dejado siempre la mas amplia libertad a este respecto. No es el ministerio el que despotiza i el que oculta sus actos a la luz del dia.—¿I quién es entonces?—El gobierno.

Las interacciones concluyeron en una sesión, porque no podían tener mas aguante que el que pudieran los estómagos de los que las hacían. Habían condenado a los interpellantes a que no pudiesen comer hasta que no acabasen de preguntar. Este es el mejor método descubierto hasta ahora para dar de mano a ciertas cuestiones. Oh! si este método se introdujera en la administración! si pudieramos hacer que el gobierno no comiera hasta que acabe de gobernar!..... Pero también entonces nos esponiamos a que nos merendase a todos antes que concluyese el período..... Positivamente hai males que no tienen remedio.

Las interacciones, pues, concluyeron sin que nadie se entendiese, en lo que a nuestro juicio ha ganado inmenamente el ministerio; porque si la cosa se hubiese puesto en limpia i hubiera llegado todos a entenderse, hubiéramos tenido el dolor de ver a la administración en esqueleto i refutándose a sí misma. Tampoco estamos nosotros porque se interpele al ministerio, por que nos acordamos de lo que decía aquel deudor a quien se molestaba para que devolviese lo que debía:—Después de tantas fatigas i molestias, exclamaba, que tuve que soportar para conseguir que me prestasen, vienen ahora tambien a molestarme para que pague!—Después de los desagradables afanes que cuesta un ministerio, tener también que afanarse para gobernar!—Ciento que no hai compensación.

La sesión *divertida* de esta semana ha sido la del jueves, en la que se trató en general del proyecto que autoriza al Ejecutivo para que pueda comprar las acciones del ferrocarril de Valparaíso a Santiago. Hablaremos primero del proyecto.

Nosotros pensamos como el diputado don M. A. Matta, que es mas conveniente que el gobierno sea él solo empresario en esta obra, porque habrá asi menos desacuerdos i marchará con más prontezza. La lentitud con que marcha este ferrocarril es alarmante, i las ocurrencias a que ha dado lugar,

cuestan ya fuertes cantidades. Recien se principió la obra, todos abrigaban respecto de ella las mas halagüeñas esperanzas, i se prometian que en el término de cinco años estaria definitivamente concluida. Solo nosotros, que por ese tiempo redactábamos el diario titulado *La Civilización*, manifestamos en varios artículos nuestros temores de que se prolongase indefinidamente, al menos, mucho mas allá del término que buenamente se podia esperar. Dijimos que no debia todavía emprenderse la obra, porque habia de tropezar con graves obstáculos en su marcha, que el subsanarlos importaría gruesos capitales i el empleo de centenares de brazos, que por ese entonces reclamaba urgentemente la agricultura. Pero los que podian haber influido creian lo contrario, i hasta recordamos que en el banquete que se dió al general Búlnes cuando volvio del sur, se pronunció el siguiente brindis:—«Por que el año de 1856, llegue á Valparaíso la noticia de la reelección del actual presidente de la república, en el término de cuatro horas.» Esto era haciendo alusion al ferrocarril que para ese año se creia estuviese concluido. Pero llegó el año 56 i la noticia de la reelección tuvo que marchar a Valparaíso a caballo i sujetada a todos los percances que la correspondencia ordinaria.

Es, pues, conveniente que el gobierno se haga cargo de la obra como único empresario; i ojalá que el primero de Junio de 1861, vaya por el ferrocarril la noticia a Valparaíso, que se ha instalado un Congreso elegido libremente por los pueblos, el cual se ocupará de hacer el bien del país, aunque sea peleando con los ministros.

Ahora veamos el inconveniente del proyecto tal como se encuentra redactado. Autorizándose simplemente al gobierno para que compre acciones, puede este comprarlas o no comprarlas, segun le venga en voluntad. La lei solo autoriza pero no lo obliga. El gobierno es compuesto de hombres, los hombres tienen pasiones, las pasiones lo echan todo a perder cuando se trata de hacer justicia; luego habría temor de que los fondos nacionales alcanzaren para comprarles a algunos pero no a todos. ¿Se comprende cuál es el inconveniente del proyecto tal como se ha presentado a la cámara? Si el Congreso dispone que se compren sus acciones a todos los que las quieran vender, ya habrá desaparecido aquel inconveniente; si solo autoriza la compra, dará lugar a las tentaciones i pondrá a prueba la frajildad humana.

Este es el lado a nuestro juicio por el cual debe mirarse el proyecto, pues todo estriba en la forma en que debe concebirse la lei.

Pasemos a la sesión. Desde luego el presidente de la cámara, conociendo por experiencia lo favorable que es al gobierno el que los señores diputados argumenten con los estomagos débiles, se propuso no levantar la sesión hasta que no se hubiese votado el proyecto. Luego que los de la minoría maliciaron este feliz acuerdo del presidente, i pensando con juicio, que los pueblos no los habían nombrado diputados para que fuesen únicamente al congreso a pasar hambrunas, así que iba oscureciendo, cesaron de argumentar para dar lugar a la votación. Pero ántes de verificarla esta, habían tenido lugar algunos incidentes que merecen la pena de ocuparse de ellos.

Se cruzaron en un negocio varias indicaciones, i el señor presidente se vió de tal manera encerrado en ellas, que probablemente, no se ha visto su señoría en su vida en un conflicto igual. Ya se

habían balbuceado todas las razones en pro i en contra del negocio, i era indispensable comenzar la votación. Pero ¿que se votaba? las indicaciones? No era posible votarlas todas a un tiempo ni fácil tampoco dar con aquella que debia votarse primero. El artículo? pero cómo votarse el artículo sin votar ántes las indicaciones? El apuro era grande i no había como huirle el cuerpo. Pero el señor presidente era árbitro en este caso, i despues de una madura reflexión, resolvió que se votase el inciso del artículo. ¡Como! exclamaron varios diputados i si se desechar el inciso, qué hacemos con las indicaciones?—Ciento, votaremos las indicaciones—el cual se vota primero?—¡Valganos Dios! En fin, salga lo que saliere; votese el inciso. Despues de haberse principiado diez o veinte veces la votación, vino a quedar desechado el inciso.—Ahora lo haremos resucitar de nuevo para acomodarla las indicaciones.—I efectivamente así se hizo.

Esta ocurrencia del presidente nos trajo a la memoria la de aquel doctor en medicina que fué llamado para curar un fuerte dolor de cabeza, i que despues de varias confusiones para salir del aprieto, resolvió cortarle la cabeza al paciente i llevársela a su casa, a fin de estudiar detenidamente la enfermedad para poder con todo acierto aplicar su remedio.

Pero es una verdad que echando a perder se aprende, i esperamos con fundamento, que despues de haberlo echado todo a perder el Congreso, quede expedito para hacer buenas leyes i todo lo bueno que se le antoje, que como ya no ha de ser tiempo de hacer nada, nadie, tampoco tendrá la oportunidad de criticarlo.

Esta semana le ha pasado a un pobre clérigo un chasco demasiado pesado por curioso. Es del caso que el buen sacerdote fué llamado a prestar los últimos auxilios de la religión a una mujer que tocaba al término de su vida. Una ocurrencia del momento obligó al clérigo a pasar a una pieza inmediata a la en que se encontraba la enferma, i luego que se vió solo, le vino en voluntad constituirse en comité. En esta pieza había una crinolina, el sacerdote quiso conocer a fondo este mueble femenino i empezó a darla vuelta i examinarla; como se había constituido en comité, no pudo resistir a la tentación de ponérsela, por ver como le venia. Se la puso en efecto, i cuando se contemplaba la figura que hacia, se le avisó precipitadamente que la enferma está agonizando. En semejante conflicto no atina el sacerdote a sacarse la crinolina, i vuela a la cabecera de la moribunda temiendo que ya sea tarde. La familia de la enferma cree que el confesor ha perdido el juicio i todos corren a pedir auxilio a la vecindad. El sacerdote estaba sudando arroyos de agua i preso en esa jaula de alambres que no hallaba como romper. De un pronto se llenó la pieza donde se encontraba con la moribunda, de todos los habitantes del barrio, i aquí se aumentaron los conflictos del confesor; en un apuro tan grande, toma un gran pañuelo que había sobre la cama de la enferma i se emboza con él. Esto acabó de confirmar a los vecinos que el clérigo había efectivamente perdido el juicio, i empezaron a soltar exclamaciones compasivas que llevaron al ultimo término la paciencia ya algo agotada del infortunado confesor.

No bien hubo dado la absolución a la moribunda, cuando se levanta velozmente i sale mas que de prisa por medio de esa importuna multitud, que no se cansaba de pedir a Dios mirase con ojos compasivos a uno de sus siervos que tan repentinamente

había perdido la razón. I cierto, que al ver al pobre clérigo salir de una casa a todo escape, con crinolina i pañuelo de capotillo, cualquiera hubiera creído que se le había trastornado el cerebro.

Ya ven nuestros lectores los chascos a que uno se espone por curiosear en las cosas de las mujeres.

El baile de máscaras habitó en el teatro municipal i que cerró la anterior semana, ha sido una de las diversiones mas entretenidas i amenas de la estación. Hasta ahora siempre había habido algunos desordenes en estos bailes populares en las altas horas de la noche, pero en el que tuvo lugar el sábado próximo pasado, reinó el mayor orden, i esa compostura i buen gusto que caracteriza a las sociedades civilizadas. Muchas familias abandonaron sus palcos a la una i media de la noche, i hubieran podido retirarse a las cuatro de la mañana con la misma complacencia.

La concurrencia fué numerosa i los máscaras estuvieron bastante animados. La orquesta se componía de ochenta músicos, i todos los bailes que tocó fueron escogidos i alegres. Las coristas de la opera cantaron un *coro político*, es decir, un coro lleno de risas, gritos, palmas, estornudos i toda clase de algazaras, que gustó mucho i fué muy aplaudido. La idea nos pareció excelente. Ese remedio de nuestras discusiones políticas ha estado perfectamente ideado i ha merecido los honores de la hilaridad. Que todos los coros que tengamos en adelante en esta clase de diversiones, sean *coros políticos*.

La marcha triunfal de don Quijote con su cortejo de máscaras, estuvo magnífica: solo el pobre Sancho se atrasó con su rucio, que no hubo forma de hacerlo andar. Mientras la concurrencia celebraba la taima del rucio de Sancho, nosotros i algunos municipales que teníamos a la espalda, nos anegábamos en reflexiones filosóficas.—He ahí, decíamos, una representación alegórica del gobierno i los partidos. Ese infeliz i maltratado pollino nos representa a la nación, estacionada en su marcha al porvenir; los que se afanan por hacerlo marchar tirándolo de las orejas, son los partidos, i los que se empeñan por hacerlo andar tirándolo de la cola, representan al Gobierno.—Mientras tanto el pobre rucio que comprendía que se querían únicamente divertir con él, los dejaba que hiciesen i alborotases a su gusto. Los municipales suspiraban con ternura, porque miraban al paciente como de la familia, puesto que ellos hacen también parte de la nación, i nosotros nos lastimábamos al ver como se abusaba de la mansedumbre de un ser inocensivo i silencioso.

Por lo demás, el baile solo ofreció espectáculos bellos i entretenidos, i aparte de algunos ingleses que se figuraban a las máscaras criaturas hermosas i angelicales i salían después encontrándose con unas narices prohibidas o con especies de narices i se llenaban de *spleen*, todos los demás concurrentes se mostraron complacidos i altamente satisfechos. Es de esperar que el segundo baile sea aun mas concurrido i celebrado, pues presentará mas novedad todavía.

La *Thierry* sigue haciendo prodigios en su arte i dominando absolutamente la asamblea. Parece que cada vez que se exhibe descubre nuevos atractivos, nuevas gracias, nuevo aire, que los espectadores no se cansan de admirar i aplaudir. Ha venido a ser la delicia del teatro i cada vez mas nos confirmamos en lo bienque merece el rango que ocupa entre las celebridades artísticas contemporáneas.

Vamos ahora a dar un consejo, o más bien, a

hacer una advertencia a la Fabri, que esperamos la tome a bien. Es verdad que todo rol debe representarse lo mas naturalmente posible, pero es cierto también que hay ciertas naturalidades que no es posible representarlas. Cuando en el teatro se encuentran dos enamorados (representando se entiende) no se abandonan enteramente al sentimiento i suprinen los *estremos* de la pasión. Nosotros no somos beatos, pero no estamos tampoco por los *trasportes* del amor sobre las tablas; i los abrazos, apretones, i demás caricias que ya se les figura sin grande esfuerzo el espectador, quisieramos que se sorprendieran con cierto disimulo, i así, por encima, nada mas. De lo contrario, es darle ocasión al público para que murmuré, pues no es lo mas agradable, ciertamente, contemplar a dos enamorados constituidos en *comité*. Por lo demás, hacemos justicia a su brillante talento i nos hacemos un deber en proclamarlo.

J. A. TORRES.

### Al Mercurio.

Contestando a un artículo de crónica titulado *Correo Literario*, que se registra en el *Mercurio* de ántes de ayer, diremos a los Editores de aquel diario, que cuando apareció el primer número de nuestro periódico, tuvimos la cortesía de rotular un ejemplar a los Editores del *Mercurio* i otro a los de la *Revista del Pacífico*, esperando naturalmente que aquellos *benévolos* Editores nos pagaran en la misma moneda; pero..... nos engañamos.

Es un hecho supuesto que nosotros hayamos querido imponer a los Editores del *Mercurio* el cambio de su diario por el *Correo Literario* como condición precisa, según ellos lo dicen, obligándonos a decirles que han faltado a la verdad. Cuando nosotros notamos que solo se nos enviaba un ejemplar de la *Revista del Pacífico* en cambio de dos del *Correo Literario*, dejamos de hacer nuestra remesa sin chistar i sin que mediara ninguna condición precisa.

Ahora nos amenazan los Editores del *Mercurio* diciendo que en adelante serán suscriptores simples al *Correo Literario*: en hora buena, sean suscriptores simples a nuestro periódico, porque nosotros los admitimos de todas clases.

Nos suscribiremos también al *Mercurio* aunque aquella publicación vale algunos centavos mas que la nuestra, diferencia que sin duda obligó a sus Editores a no cambiar su diario por nuestro periódico. El negocio ántes que todo.

### Condiciones de la suscripción al *Correo Literario*.

En Santiago un peso al mes.

En Provincias 1 peso 20 centavos.

En el exterior 1 peso 50 centavos.

La suscripción se pagará por trimestres anticipados.

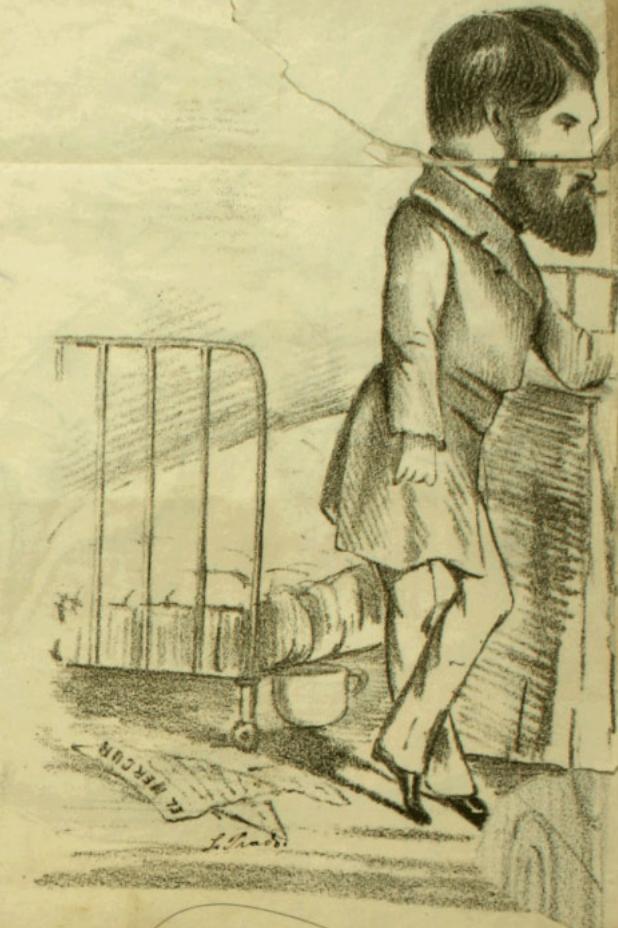




Ilustración del 'Trovador' de Verdi (Nº 1.)

